

montaña menos de trece jornadas ; lo cual les hizo admirar la pureza de alma de aquel á quien Dios descubría, por un singular favor, lo que pasaba tan lejos de él. »

No se sabe en qué año murió San Amon. Por lo que acabamos de decir, es evidente que fué antes que San Antonio, esto es, antes del año 356. Tillemont cree que puede fijarse su muerte hácia el año 340 ó 345.

Vossio, al final del segundo volúmen de las *Obras de San Efrén*, dá algunos consejos ascéticos de un santo abad Ammon, que él asegura ser San Amon de Nitria y que son muy dignos de él. Están divididos en diez y nueve artículos y contienen una excelente doctrina. Por estos consejos se ve cuáles eran las virtudes que los santos Patriarcas de los solitarios recomendaban más particularmente á sus religiosos. Tales eran : la sincera humildad y la práctica de la humillacion ; el temor saludable, la compuncion del corazon, los santos gemidos y las lágrimas de la penitencia ; la mortificacion de los sentidos, la paciencia firme y constante en la tribulacion, el amor de las cruces, la alegría santa en los sufrimientos, el trabajo de las manos, la oracion y la meditacion, el silencio riguroso, el recogimiento interior, la atencion á la presencia de Dios, una conformidad entera en su divina voluntad y un total abandono de sí mismo á esta adorable voluntad por los trabajos, las penas y los sufrimientos, la vida y la muerte.

Se encuentran en la *Coleccion de las Vidas y de las Palabras notables de los Padres de los desiertos*, muchos solitarios de los cuales unos son llamados Ammon, otros Ammone, Ammion, Ammonas, Piammon, etc., los cuales propiamente no son más que un mismo nombre. Esta semejanza de nombres hace que sea difícil distinguirlos bien unos de otros y aplicarles en particular los rasgos históricos y las máximas que se encuentran acá y allá en la coleccion. Asi que nos limitaremos á citar algunos

hechos, sin buscar definir el personage al cual se refieren.

Se cuenta de un Ammon ó Ammone que, deseando ver á San Antonio (V. PP. l. 7, c. 9, n. 3) é ignorando el camino que conducía á su cueva, tuvo noticia de él por milagro. San Antonio le predijo un dia que haría grandes progresos en el temor de Dios, y habiéndole sacado fuera de su celda, le ordenó que dirigiese muchas injurias á una piedra que le mostró y le pegase duramente. Obedeció Ammon, y el Santo le preguntó si la piedra había proferido alguna queja ; á lo cual habiendo respondido que no, el Santo le aseguró que llegaría á un grado tal de virtud que, aun cuando le hiciesen cualquier cosa ó le dijeran lo más penoso que pudiese suponer, no creeria tener motivo de quejarse. Ammon pasó en seguida al desierto de Sceté, y allí estuvo catorce años pidiendo á Dios noche y dia que le concediese la gracia de sobreponerse á la cólera.

Un padre antiguo contaba que un solitario muy entrado en edad (Vit PP. l. 5. libell. 10. n. 16.) y que trabajaba muy asiduamente en su celda, fué á ver al abad Ammonas, estando vestido con una estera de palma. Al verle Ammonas vestido de esta manera, le dijo que aquella singularidad de nada le servía para su alma. En seguida aquel solitario le dijo que tenía tres pensamientos que le importunaban : el uno retirarse á algun sitio más apartado del desierto ; el otro ir á un pais extranjero en el que no fuese conocido de nadie ; el tercero encerrarse del todo en su celda para no ver más á nadie, y no comer sino una vez cada dos dias. Ammonas le respondió : « Nada de todo esto os conviene. Quedaos más bien en reposo en vuestra celda ; comed un poco cada dia, y tened en el corazon el sentimiento del publicano que se refiere en el Evangelio. Obrando así, podreis santificaros. »

El abad Pastor contaba del abad Ammon la siguiente sentencia sobre la discrecion : Un hombre llevará toda su

vida una segur, sin que llegue jamás á cortar un árbol. Otro, que conocerá el arte de servirse de la segur, derrocará por el contrario el árbol en poco tiempo. Parece que este Ammon era más antiguo que el abad Pastor, y que hasta fué su maestro: pero no sabemos si este es uno de los que nosotros hemos hablado.

Dícese también de un abad Ammon que habiendo ido algunos seglares á su celda para suplicarle que juzgase en una diferencia que tenían entre ellos, no decía palabra, queriéndoles dar á entender aparentemente que un solitario no debía mezclarse en los negocios del mundo; con lo cual una muger que se hallaba allí, dijo á otro que estaba muy cerca: yo creo que este viejo está loco. Oyólo Ammon, y haciéndola acercar, le dijo con dulzura y tranquilidad: « Hace mucho tiempo que trabajo con mucha pena en esta soledad para adquirir esta pretendida locura; ¿ y pensais vos que hoy quiero perderla por vuestra causa? »

Habiendo ido á Roma San Atanasio llevóse consigo á muchos solitarios, entre otros á un tal Ammon que fué tan poco curioso, dice el historiador Sócrates, que dejó de ver las rarezas de aquella soberbia ciudad, y se contentó con visitar los sepulcros de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Después, añade el mismo autor, como quisieran obligarle á que se dejase consagrar obispo, huyó y se cortó la oreja derecha, á fin de evitar con esta deformidad que se pensase más en elevarle á tal dignidad. Queriendo el mismo San Atanasio justificarse cerca del emperador Constancio de las calumnias de los arrianos, envió allá á cinco obispos y tres sacerdotes, y entre estos obispos había un tal Ammone que habia sido monge; pero no sabemos qué Ammone era este. La elección que de él hizo este Santo para defender su causa junto al príncipe, prueba bastante la grandeza de su mérito.

Había también un solitario llamado Ammone, quien al

principio se había retirado á Canope, á seis leguas ó por las inmediaciones de Alejandria; pero este concibió tanto dolor por la persecución que los arrianos declaraban á Pedro, sucesor de San Atanasio, y á los otros católicos, que abandonó su celda, fué á visitar los santos Lugares de Jerusalem, y en seguida se dirigió al monte Sinaí, en donde encontró muchos excelentes religiosos que se ejercitaban con gran fervor en la práctica de las virtudes bajo la conducta de un superior llamado Dulas, y á quien se llamaba otro Moisés á causa de su estremada dulzura. Pocos días después de haber llegado allí, unos Sarracenos fueron á arrojar sobre los solitarios y degollaron á todos los que pudieron hallar. El mismo día, unos bárbaros hicieron otro tanto con los religiosos de Raite, á dos jornadas del monasterio del monte Sinaí. Ammone pudo escaparse; volvió á entrar en Egipto y se retiró cerca de Memphis, en una celda muy estrecha, en donde escribió la historia de los religiosos cuyo martirio había visto. Hablarémos de su relación á propósito de los Padres del Sinaí.

Demos ahora algunos detalles sobre muchos de los discípulos de San Amon de Nitria.

San Teodoro fué compañero y discípulo del Santo. El corto elogio que de él hizo el autor de la Vida de San Pacomio, basta para dar una alta idea de su piedad. Llámale hombre muy santo que, habiéndose consagrado á Dios por una firme resolución y una fe no fingida, obtuvo sobre los demonios insignes victorias. Ammon de Tabennes le cuenta en el número de los personajes que por su virtud eminente, eran como las columnas vivas del estado monástico en el desierto. San Atanasio le dá el título de Santo, cuya virtud era todavía más conocida de Dios que de los hombres.

Hagio ó Hagion era sacerdote de Nitria. Vivía todavía allí cuando Paladio fué á visitar á los santos habitantes de aquel desierto, y moró un año con ellos. Cuéntale entre los

que el llama bienaventurados y santos Padres, cuyas instrucciones y relatos edificantes que le hacían de los que les habían precedido en la soledad, sirvieron mucho para animarle á la piedad. Cítase una palabra notable de un solitario llamado Aion ó Aio (Cotel-mon. t. 1, 4, p. 400.), el cual podría ser el mismo que el sacerdote Hagion de quien hablamos. Dícese que un solitario de Tebaida llamado Ancien, que había vivido en una gran austeridad, habiéndose finalmente vuelto ciego y cargado de enfermedades en su vejez, los hermanos no perdonaban cosa alguna para aliviarle y le hacían comer todo lo mejor que tenían; por lo cual se preguntó á Aio lo que pensaba del estado de este solitario, y respondió que si su corazón se complacía en los buenos tratamientos que le hacían, todos los servicios grandes ó pequeños que se le tributaban, tanto más disminuían el mérito de sus austeridades pasadas; pero que si recibía estos alivios á pesar suyo y con dolor, Dios le conservaría la entera recompensa de sus trabajos.

Paladio en el mismo libro habla del solitario Arsize, por sobrenombre el grande; lo cual muestra que era tenido en reputacion en el desierto. Había tenido la dicha de ver á San Antonio, San Pacómio y San Amon. De él supo Paladio lo que cuenta de este último. Vivía todavía cuando San Pablo fué al desierto de Nitria á visitar á los solitarios, esto es en 386.

Natanael fué tambien uno de los primeros habitantes del monte de Nitria. Establecióse allí cuando todavía no había más que unos pocos solitarios, y por esto su celda no estaba muy adentro del desierto. Hacía quince años que había muerto cuando Paladio fué allá; y por la relacion que le hicieron los demás religiosos, refiere lo que vamos á decir. Habiendo aquel santo religioso edificado una celda con el fin de guardar en ella un riguroso retiro, fué allí tentado de un tedio tan grande que, cediendo finalmente á

la tentacion se acercó á los lugares habitados, y edificó otra nueva. Pero apenas hubieron trascurrido algunos meses, cuando se le apareció el demonio bajo la figura de un lictor, cubierto con una piel de buey, y le dijo que venía á echarle de aquella celda como le había hecho salir de la primera. Natanael, reconociendo entonces que había cedido con demasiada facilidad á la ilusion del espíritu maligno, abandonó su nueva morada para volver á tomar la que había dejado, y se encerró en ella con la determinacion de no salir más.

Así perseveró durante treinta y siete años; pero esto no fué sin sostener grandes combates contra el enemigo de la salvacion, el cual no cesó de instigarle á quebrantar su resolucion, empleando para esto hasta artificios capaces de seducirle, si hubiese estado menos sobre aviso. Paladio refiere dos ocasiones en que su fidelidad apareció más particularmente. La primera fué que habiendo ido á visitarle siete obispos, no salió de su celda para acompañarles, por lo cual haciéndole ver los diáconos que iban en su compañía que faltaba con esto al respeto y humildad, les respondió: Yo respeto á los señores obispos; honro tambien á todos los eclesiásticos; sé que soy un gran pecador y el más ínfimo de los hombres; pero tengo hecha una resolucion de renunciar á estas costumbres de decencia y á mi vida misma, por una secreta intencion que tengo en mi corazón y que solo es conocida de Dios, el cual sabe bien que lo que me impede acompañar á los señores obispos, como vosotros queréis, no es orgullo y falta de respeto. »

Como este medio de que había querido servirse el demonio para hacerle quebrantar su resolucion no le hubiera salido bien, dice Paladio, empleó otro con el que parecía que la caridad exigía que socorriera á un niño que parecía tener esencialmente necesidad de su asistencia. El espíritu maligno tomó para esto la figura de un jóven, que condu-

cía un asno cargado de pan, y habiendo ido por la tarde junto á su celda, fingió que el asno se había caído y se puso á gritar con voz lamentable: ¡ Abad Natanael! tened piedad de mí y venid á socorrerme. Al rumor de su voz abrió al instante la puerta de su celda y, sin salir de ella ni sacar siquiera el pié afuera, según la resolución que de esto tenía hecha, le preguntó quién era y que deseaba de él. Yo soy, le respondió el demonio, el siervo de aquel solitario que es amigo vuestro, y le llevo panes porque tiene que dar de comer á alguno; á más de que tiene necesidad de ellos mañana que es sábado, para las oblacones; así que os ruego que tengais compasión de mí á fin de que no sea devorado por las hienas, pues ya sabeis que las hay por esos contornos.

Natanael permaneció algun tiempo pensativo no sabiendo á qué determinarse, porque por una parte temía pecar contra la caridad si rehusaba prestarle su socorro, y por otra tenía miedo de que no fuése alguna ilusion del demonio para obligarle á salir de su celda; pero por último, esperando que el Señor por cuyo amor estaba tan encerrado, tendría cuidado de aquel jóven si verdaderamente era tal, y no un fantasma diabólico, como con razon lo sospechaba, hizo una corta oracion á Dios, y dijo en seguida: Quien quiera que seais, si realmente teneis necesidad de mi socorro, no temais ser devorado por las hienas, ni tener ninguna otra desgracia, porque yo pongo mi confianza en el Dios que adoro, y él no os dejará perecer; y si, por el contrario, hay aquí una tentacion de mi enemigo, pronto me la dará á conocer. Habiendo dicho lo cual, cerró la puerta de su celda. Entonces el demonio, avergonzado de verse descubierto, se desvaneció como en torbellino, haciendo un ruido semejante al que hacen los asnos salvages cuando huyen saltando y brincando.

Serapion era tambien uno de los más célebres habitantes

de Nitria, puesto que San Jerónimo le llama una de las columnas de la fe de Jesucristo en aquel desierto. Era contemporáneo de San Antonio, y más antiguo que San Macario de Egipto. Sozomeno y Paladio le llaman el gran Serapion. Este último le vió tambien en 390, como el anciano Melanio le había visto en 387, y santa Paula en 386. No hay que confundirle con San Serapion, obispo de Thmuis. Ha habido tambien muchos solitarios del mismo nombre en Egipto, de los cuales conviene distinguirle.

SAN PIOR

Pior, originario de Egipto, fué uno de los más antiguos habitantes de la soledad y de los primeros discípulos de San Antonio. Abandonó muy jóven la casa de sus padres con una tan firme determinacion de renunciar perfectamente al mundo, que en el movimiento de su fervor prometió á Dios no volverles á ver más con los ojos del cuerpo. Asi que se fué junto á San Antonio, que le formó en los ejercicios de la vida religiosa, y los progresos que allí hizo fueron tan rápidos, que en pocos años se halló en estado de vivir solo en el desierto. Dió á conocer á su padre espiritual el deseo que de ello tenía; y el Santo, que veía cuánto se había aprovechado, le confirmó en este designio con el permiso que para ello le dió, diciéndole: « Id, Sior, morad donde querais; y cuando Dios os lo ordene, haciendo surgir alguna ocasion razonable, volveréis á verme. »

Solo tenía entonces veinte y cinco años; y no conocemos nosotros otro desierto al que se retirase sino el de Ni-